Apostado a la ventana
para ver si pasa la iguana.
Ayer pasó. Ayer la vi
¡Dios del sol, que iba tan galana!
Mas no iba preguntando por mí.
Y, sin embargo, ayer la vi. [11]

¿Qué hubiese dicho el Marqués de Santillana al ver convertida a la niña de su canción en un animal extraño a la orilla del Paraná? Esta canción, que podría ser sustituida por un amplio abanico de variantes, muestra esa faceta lúdica tan importante en el libro, pero a la vez, recoge muy claramente el proceso humanizador que sufre el paisaje. Incluso este desmesurado paisaje, Rafael lo va poblando de tradición literaria, de personajes históricos, de leyendas que tienen la función de ir configurando un mundo concreto, una sociedad determinada, que no tiene otra realización que la historia bien vista en su devenir. «Balada del uno y del otro», las canciones dedicadas a Mendoza o Lucía Miranda, bien en el presente que él comparte a través de la dimensión colectiva de su canto y a través de esa trasposición paisajística con España tan reiteradamente señalada por el poeta y la crítica.

Noche turbada de mugidos
¡Si estaré acaso en las dehesas!
Los toros bravos se responden.
La luna atónita los ciega.
¿Son las marismas? ¿Es el mismo
bramar antiguo el que me llega?
¿Cuándo la tierra donde no estoy
me hará sentirme en otra tierra? [12]

Todas estas tematizaciones adquieren ese sentido especial, gracias al hilo conductor de la poesía concebida como canto, dándole a este término el sentido primordial que adquiere en toda sociedad humana, estar encargado de la conmemoración, el culto o la fiesta. El canto es, pues, seña de identidad de todo grupo, que une y acompaña al hombre en todas sus actividades, cuando trabaja, cuando descansa, cuando lucha. Por lo tanto es imprescindible en el desarrollo del mundo. Una sociedad estará unida y madura para la acción cuando aprenda a cantar. Por eso este libro de Alberti es alternativo a la soledad y nostalgia, a partir de convertir estos sentimientos en un canto compartido, instrumentalizado para la creación del nuevo hombre, de la nueva sociedad.

Creemos al hombre nuevo,
cantando.
El hombre nuevo en España,
cantando.
El hombre nuevo del mundo,
cantando. [13]

Concepción Argente del Castillo Ocaña

Los ocho nombres de Picasso

Dios creó el mundo —dicen—
y el séptimo día,
cuando estaba tranquilo descansando,
se sobresaltó y dijo:
He olvidado una cosa:
los ojos y la mano de Picasso.

Estos son los versos que sirven de pórtico a un singular libro que inspira a Alberti la amistad y profunda admiración que siente hacia Pablo Ruiz Picasso, *Los ocho nombres de Picasso*. «Y no digo más que lo que no digo», frase esta última que da título también al prólogo

[11] *Pág. 992.*
[12] *Pág. 1.004*
[13] *Pág. 1.006*

que el poeta escribió al relato del pintor, *El entierro del Conde Orgaz.*

Leer este libro es una auténtica fiesta, una inacabable sorpresa, ya que resulta imposible encontrar en la bibliografía de cualquier poeta otro de tal frescura, vitalismo y desenfado, escrito además con esa engañosa facilidad a la que el virtuosismo de Alberti nos tiene acostumbrados hasta hacer creer a algunos que es fruto de la espontánea improvisación. Pero nada más lejos de la realidad, pues detrás de cada palabra, de cada verso, late el conocimiento minucioso de la técnica más variada, el más absoluto dominio de los resortes poéticos que caracterizan toda su obra.

La personalidad del pintor y de su gigantesca obra sirven de tema monográfico a unos poemas en los cuales el genial malagueño se apodera de las musas del no menos genial gaditano. A través de unos versos de increíble agilidad, casi malabares, como en continuo desafío a lo establecido, este «frente a frente» de dos fuerzas desatadas e irreprimibles de la naturaleza que dará como resultado un libro de inusitada lozanía. El arrebato creador, el derroche de ingenio, la alegría que emanan los versos, la perfecta estructura de los poemas junto al profundo conocimiento de la obra de Picasso, lo convierten en un libro único, sin precedentes en nuestra historia literaria.

Todos los colores picassianos parecen desbordarse en ese léxico que el poeta, de pronto, casi como por arte de magia, inventa sin reparo alguno, descoyuntando nombres, adjetivos, verbos... Y todo lo que le venga en gana...

Almejo todo, escobo, aljofifo, limono,
sin ensartar lo que nunca naranjo.
Encubo, escoplo cuanto desatornillo
descoso, descalabro, deslibero
membreto bien, salitro
pajareo lo que atrapo.
Es mi virtud.
No olvides.

Siempre descalandrájate.

Un torbellino rítmico se apodera de las composiciones dándoles en cada momento el tono exacto y preciso que cada una requiere, con una total libertad de medidas y estrofas, como un fiel reflejo de ese organizado caos picassiano en el que Alberti también se ve inmerso, atraído por la mítica fuerza del pintor...

Pita el gallo y lloro con el caballo
muerde y me empino con el gato
feroz, las uñas saca,
crecen los pies corriendo por la playa,
las cabezas balones estirados...

El dominio de la técnica de la pintura hace que Alberti penetre en los cuadros picassianos ofreciéndonos una peculiar visión de sus personales trazos y figuras, bien reflejando una época concreta del pintor o recreándose en cualquier dibujo, pero siempre en unos versos rebosantes de gracia y divertida fascinación.

te agranda las tetas,
te achica las tetas,
te hace la puñeta,
te levanta el culo,
te deja sin culo, te vuelve un alambre,
te ensarta en estambre,
te ve del revés,
todo dividido,
tundido, partido...

El ingenio, los delirantes juegos de palabras, las onomatopeyas, las distorsiones sintácticas más audaces, se suceden sin cesar prestando a cada composición un inconfundible sello. En *Los ocho nombres de Picasso* encontramos a un Alberti distendido, lúdico, en continua experimentación con el idioma, pero también aparece un Alberti desgarrado cuando la temática del poema lo requiere, como en éste sobre Guernica...

Y embestiste con furia,
levantaste hacia el cielo tu lamento,
los gritos del caballo
y sacaste a las madres los dientes de la ira
con los niños tronchados...

Hay un incesante cromatismo que se apodera y confunde en cada palabra hasta no poder distinguir dónde empiezan o acaban poesía y pintura, pintura y poesía. Los setenta y dos poemas del libro son un canto de admiración prolongada, de desmedido amor hacia Picasso y su obra que Rafael Alberti fue fraguando y escribiendo en sus continuas visitas a Nôtre Dame de Vie, casa del pintor en Mougins. Para sentirse más cerca de su fuente de inspiración, se trasladó durante cuatro años una temporada a Antibes, desde donde visitaba a Picasso, con el que comentaba sus aún vivos recuerdos infantiles andaluces, y al que le iba leyendo las últimas composiciones que su amigo escuchaba con regocijo...

...Y pienso, Pablo, en ti
allá lejos, arriba en tu colina,
solo en tu laberinto de líneas y colores
infatigable de impulso ardiendo...

A través de las páginas, va reflejándose el polifacetismo del pintor, capaz de transformar todo lo que sus impresionantes ojos ven en una obra de arte, «De ti se espera todo» le dirá el poeta... «cubierto estás de vientos y temporales/ y las piedras que arrojas/ pueden romper lo mismo el ojo de una flor/ que originar un niño,/ un pájaro,/ una estrella.» Alberti identifica el arte, la creación, con Picasso, como si éste fuera su origen y su destrucción, su principio y su fin, y él, el único ser capaz de trastocar los tradicionales conceptos de belleza y equilibrio clásicos, inmutables y venerados a través de los siglos.

Te ensañaste con Venus.

Ha sido tanto tiempo demasiado hermosa.
Hora es ya
de que tus altas tetas se te caigan
o queden reducidas a un círculo cualquiera.

El ímpetu, el incansable entusiasmo y gigantesca capacidad de trabajo de Picasso, maravillan al escritor que se rinde ante el mayor genio contemporáneo.

Pablo ¿qué haces? Pintas.
Oyes el siglo. Pintas.
Pintas, dibujas, grabas, escribes, pintas, pintas.
Para ti son los días de cien horas.
Que no se atreva nadie a robarte una.

Leyendo a Alberti no es posible sustraerse al magnetismo de la personalidad del universal pintor. Su incontenible admiración arrastra al lector en cada verso hasta aproximarlo a la versátil imagen de ese Picasso sencillo que dice que está en el dentista para huir de la gente, ese monstruo que domina el siglo capaz de ser él solo un «país superpoblado», ese niño que no conoce ni la A, ese tarambana que arremetió con todo y con todo ha acabado, ese demonio que escondía colores nunca vistos, ese toro que sabe geometría y al que nadie se atreve a torear, ese «veloz torbellino que nos ciega,/ nos prende, nos confunde», ese Diego, José, Francisco de Paula, Juan Nepomuceno, María de los Remedios, Crispín, Crispiniano de la Santísima Trinidad... que todos conocemos como Pablo Picasso.

María Asunción Mateo

Los libros

Versos sueltos de cada día

Si hubiera de escoger una imagen, de cuantas tengo en mi memoria, para representar, a mi entender, la más próxima al Rafael Alberti de este libro, sin duda sería una que tengo por familiar emblema, la de *El pensador* de Rodin, inclinado mentón masculino sobre mano dispuesta, ese gesto meditativo que parece decirnos que ser poeta es tratar de decir a los demás nada más que aquello de lo que quieran hacer uso. Postura adulta ésta del poeta, tempranamente madurada en su filosofía y voluntaria reclusión, entonces, en la frontera de la edad (no olvidemos que el poeta se encuentra en su ochenta aniversario), al par que reflexiona y hace inventario de toda su escritura fundida con el canto junto al mundo más próximo.

Y es que en su memoria siguen estando las amadas de metal fino, las canciones y nanas populares de *Marinero en tierra*, la búsqueda del mar, del mar de Cádiz, la mar de quien se llama ahora «viejo lagarto atlántico», los paisajes que presidieron *La amante* y *El alba del alhelí;* incluso la referencia a Bécquer («con cierto deje becqueriano») ese Bécquer que palpitó en *Sobre los ángeles* y condujo musicalmente el drama cotidiano en verso libre.

En *Versos sueltos de cada día* también volvemos a encontrar al autodenominado «poeta en la calle», más en la calle que nunca, porque ahora la calle es el destino («La calle, ahora, es tu destino», escribe).